

MIGUEL ÁNGEL SIMÓN (ed.): *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*, Tecnos, Madrid, 2007, 497 págs.

La presencia de la extrema derecha en los gobiernos y parlamentos de varios países de Europa occidental a partir de la década de los noventa debiera invitar a una reflexión serena sobre la evolución de esta particular tendencia política a lo largo de los últimos veinte años. Este análisis ya ha sido abordado en España con cierto detenimiento desde el momento en que la ultraderecha volvió a irrumpir con fuerza en la escena europea. Ahí están los trabajos con un grado variable de cobertura continental realizados desde mediados de los noventa por Manuel Florentín, José Luis Rodríguez, Xavier Casals o Ferrán Galleo (estos dos últimos, colaboradores del presente libro) para confirmarlo. Desde España esta preocupación resulta tanto más llamativa cuando constatamos que en nuestro país la aparición de una ultraderecha de formato nacional-populista se ha mantenido como fenómeno residual a lo largo de los años, ya que el extremismo de derecha sigue aún lastrado por una cultura política anclada en el tradicionalismo, el integrismo o la nostalgia franco-joseantoniana. Como observa Casals en su análisis del caso español, la extrema derecha autóctona, anquilosada dogmáticamente en los principios del 18 de julio y retóricamente en la fraseología guerracivilista de los años treinta, permaneció aislada de la renovación ideológica y organizativa que generó la crisis del 68 en la ultraderecha europea. Su parcial actualización a mediados de los 90 en opciones populistas protestatarias y personalistas como las encabezadas por José María Ruiz Mateos, Jesús Gil o Mario Conde quedó en buena parte frustrada con la llegada al poder del Partido Popular, que acabó por acoger en su seno a la mayor parte del radicalismo sociológico de derecha. La experiencia española está, pues, muy lejos de esta «nueva» extrema derecha europea que ya no se asimila a las corrientes totalitaristas de entreguerras o al neofascismo, sino que es el receptáculo de familias políticas de muy diverso origen y naturaleza, vinculadas por sus prácticas nacionalistas y populistas y por la defensa de unos principios fundamentalmente reactivos. Su discurso demagógico se centra en tres problemas básicos: paro, inmigración e inseguridad.

El libro trata de resolver el problema taxonómico analizando en su primera parte —quizás la más interesante para un lector no versado en la materia— la vinculación de la extrema derecha actual con varios conceptos clave de su caracterización política. Roger Eatwell analiza el nuevo modelo de liderazgo do-

minante en estos partidos, cuestionando la eficacia del concepto weberiano de carisma y proponiendo una definición alternativa no basada en la demanda (es decir, las esperanzas que los seguidores depositan en el líder), sino en la oferta política representada por estos dirigentes que aparecen como hombres ordinarios imbuidos de una misión salvadora, y cuyo culto de la imagen pública se basa tanto en la demonización del adversario como en la forja de un «carisma de camarilla», donde la práctica totalidad de la actividad partidista aparece focalizada en el dirigente máximo, con el riesgo que comporta para la supervivencia de la organización la posible merma o desaparición de este tipo de liderazgo mesiánico y acusadamente personalista.

Pierre André Taguieff explora los atavismos populistas de la derecha radical, que acostumbra a presentarse como un antipartido y dirige su hostilidad hacia categorías sociales inquietantes o amenazantes, si bien es preciso diferenciar el populismo protestatario antipolítico y el identitario etnoracista, soberanista y excluyente. Por su parte, el extenso artículo de Roger Griffin sobre los vínculos de la extrema derecha con el fascismo, limita, a nuestro juicio, su alcance heurístico al recluirse en una dura requisitoria contra la Nueva Derecha, cuya renuncia a la fraseología fascista es considerada como un burdo maquillaje discursivo que oculta unos análisis culturales originales llenos de pesimismo antropológico. Griffin destaca el reciente consenso científico que se ha alcanzado en la definición del fascismo como un ultranacionalismo revolucionario, cuyo mito movilizador fue la visión de la decadencia y el renacimiento (palingenesia) de la nación en un «nuevo» orden postliberal que debiera poner fin a un agudo período de decadencia. Sin embargo, esta caracterización del fascismo como «ultranacionalismo populista palingenésico» debería ser matizada, ya que podría aplicarse a cualquier forma de antiliberalismo mesiánico y providencialista, como los movimientos legitimistas aún activos en el período de entreguerras, como el carlismo.

En relación con los mitos palingenésicos, Miguel Ángel Simón estudia las filosofías crepusculares, comenzando por la genealogía de la idea de decadencia, que es una pieza fundamental del utillaje ideológico al que recurre el pensamiento político de la derecha radical. Un *mal de vivre* que, en ocasiones se refleja en la nostalgia de una pretendida Edad de Oro basada en la unidad nacional, étnica y cultural. Hans-George Betz hace un análisis de las señas básicas de identidad nacional que comparten estos movimientos, y las encuentra, no en el fascismo, sino en el retorno al más antiguo nacionalismo: el nativismo de raíz decimonónica que proliferó en países como los Estados Unidos como una respuesta nacionalista netamente defensiva ante la marea migratoria percibida como amenaza. Este recrudecimiento de la identidad etnocultural primaria, defendida como «diferencialismo cultural» (búsqueda de la pureza de las raíces de cada cultura), se manifiesta en la adopción de argumentos identitarios de apoyo a prácticas xenófobas selectivas como la dirigida contra el islamismo, chivo expiatorio preferente del discurso de la extrema derecha populista radical

sobre la emigración. La variante más extrema de este nacionalismo excluyente es la xenofobia que estudia Ariane Chebel d'Apollonia. Su resurgimiento a partir de mediados de la década de los ochenta no estuvo directamente vinculado al odio al extranjero, sino a la identidad nacional amenazada por la fragmentación social postmoderna y la diversificación cultural, y a un rechazo de la idea europea que se ha erigido en uno de los principales valores de los regímenes liberal-democráticos de posguerra.

El análisis de la obra de autores de referencia de la derecha radical europea como Bertrand de Jouvenel, Pierre Drieu La Rochelle, Louis-Ferdinand Céline, Alain de Benoist y, sobre todo, Julius Evola, estudiado por Joan Antón, muestra las peculiaridades doctrinales de esta tendencia política, defensora de unos valores tradicionales de raíz antimoderna (idealismo, espiritualismo, comunitarismo orgánico, elitismo) que se difunden con estrategias metapolíticas y con técnicas discursivas anticonvencionales, como fue el caso de la «revolución conservadora» alemana de entreguerras. Como enlace entre el pasado, presente y futuro de la derecha radical tras el cataclismo que supuso su derrota en 1945, Evola sintetizó como nadie las concepciones laicas del neofascismo desde una óptica tradicionalista, mezclando el idealismo metafísico, el antirracionalismo y el intuicionismo con una visión del mundo neopagana, desigualitaria y guerrera, que denunciaba el decadentismo de la sociedad del bienestar, pero llamaba a convivir con ella («cabalgar el tigre») desde una perspectiva de altivo aislamiento interior.

Aunque su aportación se centra en un estudio muy puntual de la Fraternidad de San Pío X de monseñor Marcel Lefebvre, Jean-Yves Camus separa muy acertadamente el integrista católico del tradicionalismo, el legitimismo o el simple pensamiento reaccionario, aunque no avanza mucho más en la caracterización de una tendencia ultramontana cuyo interés político resulta muy relativo, ya que no existen partidos de esta naturaleza en el mapa europeo de la actual extrema derecha, aunque sí activos grupos neocatecumenales y sectarios con cierta influencia política y social.

Dos ideas-fuerza directamente heredadas de la praxis fascista durante la Segunda Guerra Mundial son el negacionismo y el europeísmo. J.-Y. Camus analiza el nacimiento de las tesis de cuestionamiento del Holocausto a mediados de la década de los cincuenta en el entorno de Maurice Bardèche y su revista *Défense de l'Occident*, juzgada como pantalla pseudocientífica de un antisemitismo que juzgaba que el Holocausto era una patraña inventada con el propósito de entablar un proceso judicial de excepción contra los vencidos, culpabilizar al pueblo alemán y legitimar la creación de Estado de Israel. Este autor asegura que gran parte de la actual corriente negacionista procede del antisionismo de extrema izquierda, que banalizó el Holocausto comparándolo con el horror cotidiano de la opresión capitalista o del Estado de Israel. Sin embargo, por muy provocativas y culposas que sean tales opiniones, no parecen adscribirse al canon negacionista, sino a una tendencia a la relativización de su

carácter excepcional que está comenzado a ser compartida por los estudiosos de los genocidios del siglo XX. El negacionismo parece ser, ante todo y sobre todo, cosa de la extrema derecha: la teoría del «complot judío», tan cara a la derecha radical francesa desde los tiempos de Paul Déroulède y Édouard Drumont, se actualizó con una falsa capa de cientifismo para sortear las trabas legales existentes en algunos países a la expresión del antisemitismo. Significativamente, en los últimos años el mundo musulmán ha constituido el área principal de despliegue del discurso negacionista, que es incluso promocionado oficialmente por estados como Irán o por asociaciones como los Hermanos Musulmanes, tal como se pudo constatar en las teorías de la conspiración que proliferaron entre las opiniones públicas del mundo islámico tras los atentados del 11-S.

M.Á. Simón toma de Roger Griffin el término *Europoeia* para describir el europeísmo de la derecha radical como la forja de una comunidad imaginada (nacional, imperial, blanca o unión nacional) contraria a la configuración democrático-liberal dominante en la Unión Europea, que ha forjado su modelo europeísta en torno al mito de la resistencia antifascista. Aunque la extrema derecha actual ha acentuado su faceta internacional, reiterando el viejo mito palingenésico de la decadencia y renacimiento de Europa, lo llamativo es la multiplicidad de significados de la idea de Europa que preconiza, y que oscila desde el viejo reclamo conservador de la «Europa de las patrias», utilizado por De Gaulle, hasta el racismo de la «Europa blanca» o los llamamientos de Evola y Oswald Mosley a la forja de un auténtico imperialismo paneuropeísta de carácter antidemocrático que supere los nacionalismos históricos «retasados» a través de la idea del *imperium*, ya intuida en los años treinta en España por Ernesto Giménez Caballero.

La segunda parte del libro pasa revista al despliegue a escala nacional de algunos ejemplos de este tipo de oferta política postmoderna (tal como hace Joan Antón para Francia, Austria e Italia), aunque en algunos casos difícilmente se puede hablar de un nacional-populismo maduro, sino que los partidos conservadores tradicionales satelizan el electorado de extrema derecha, como son los casos de España y otros países del Sur de Europa que estudia Xavier Casals, o la deriva radical del Partido Popular suizo que aborda Damir Skenderovic. Hay omisiones poco justificables, como la ausencia de un estudio propio e independiente del Partido de la Libertad de Austria de Georg Haider o una referencia a la situación de la extrema derecha en los países de Europa del Este, sobre todo en la Federación Rusa. En todo caso, llama la atención la gran continuidad de las formaciones de extrema derecha en Suiza, países escandinavos (donde el sistema de partidos establecido en los años 20 contempló la aparición del neopopulismo de derecha a partir de la crisis económica de los 90), Alemania (desde el neonazismo en los 50-60 a la *Neue Rechte* de los 70 inspirada en la *Nouvelle Droite* francesa y la *Konservative Revolution* de Weimar, que debido a su marginalidad y fragmentación partidista e ideológica hubo de asumir tácticas y estrategias de los nuevos movimientos sociales) o Italia, donde el neofas-

cismo que estudia Ferrán Gallego mantuvo una lucha constante para salir de la marginación como partido de protesta en los 70, quedó estancado en 80 e inició su despegue en los 90 de la mano de la estrategia nacional populista de Gianfranco Fini, que sintonizó mejor con un electorado que estaba desertando de las lealtades políticas tradicionales con motivo de la crisis de régimen de 1992-94. Además, la fundación en *Alleanza Nazionale* en 1995 permitió largar amarras con la cultura fascista anterior.

También se constata la importancia de los factores culturales en aspectos como la mayor predisposición a la violencia racista en los países protestantes, lo que viene a confirmarse por el difícil arraigo xenófobo de una cultura que, como la derechista española, ha defendido el ecumenismo católico, el hispanismo y la maurofilia. Varios trabajos demuestran también que tampoco existe una correlación plena entre los simpatizantes de los partidos de la derecha radical y los *skinheads* y otros grupos violentos de carácter marginal.

La conclusión que se puede extraer de esta radiografía de la extrema derecha europea actual es su enorme riqueza de matices. Los neopopulismos no pueden ser definidos en absoluto como neofascismos, a pesar de mantener algunos componentes comunes, como el darwinismo social, el liderazgo fuerte y la visión idealizada del pueblo y de sus virtudes. Acostumbran a ser movimientos suprapartidistas y supraclasistas que pretenden compaginar el desarrollo personal y el comunitario, el espiritualismo y el materialismo. Del neoconservadurismo se asumen sus valores, cultura, tácticas y estrategias, salvo en lo que atañe a la primacía del individualismo y la preponderancia de la economía sobre la política.

En su introducción, Pascal Perrineau interpreta la emergencia de los populismos de manera similar a como la ciencia política italiana diagnosticó el auge de la extrema izquierda en los años 70: como reacción a un sistema político bloqueado y sin alternativa. Pero no acierta a explicar de forma satisfactoria por qué la extrema izquierda europea no ha resurgido con igual intensidad, y sigue en buena medida recluida en movimientos sociales de protesta contra la globalización. Pero, ¿es en verdad la extrema derecha actual la hija espúrea de la revuelta cultural patrocinada por la Nueva Izquierda de los 70? Algunos de sus más significados componentes proceden de ahí, como es el caso de Pío Moa en España. Pero frente al polo libertario al que se adscriben gran parte de los nuevos movimientos de protesta surgidos en las sociedades postindustriales, la «nueva» extrema derecha reclama ley, orden y otros valores postmateriales de acentuado tono rigorista, como reacción desaforada ante un mundo cambiante, una sociedad abierta, permisiva y hedonista heredera de los años 60 y marcada por el «pensamiento débil». En todo caso, el neopopulismo de derecha aparece como movimiento «post-postmoderno» en su llamamiento a la recuperación de los valores tradicionales frente a la globalización, el multiculturalismo y la inmigración. Su base de apoyo no responde ya al estereotipo de los «perdedores del proceso de modernización»: varones de edad avanzada y bajos ingresos en

pequeños núcleos rurales, que ha sido hasta hace poco el retrato robot de los seguidores de Le Pen. La extrema derecha actual recoge los restos de esa explosión de malestares diversos que sufren los ciudadanos de muy diversa condición social en el seno de las democracias en crisis de representación.

*Eduardo González Calleja*

PETER FRITZSCHE: *De alemanes a nazis, 1914-1933*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2006, 260 págs.

Ocho años después de ver la luz en su edición original, aparece ahora la versión española de este trabajo apasionante de Peter Fritzsche, un libro que, en medio de las toneladas de hojas impresas sobre el nacionalsocialismo, brinda una interpretación singular sobre el nacimiento y expansión de aquel fenómeno de masas surgido en el período de entreguerras. Interpretación singular, en primer lugar, por ceñirse al plano de las ideas y de la cultura desmarcándose de las interpretaciones políticas o estructurales más clásicas, pero también por indagar en el complejo plano de la formación de las identidades colectivas desde la perspectiva de los ciudadanos de a pie, de los hombres y mujeres anónimos que nutrieron las filas de este movimiento. Y singular, igualmente, por alejarse de las visiones condenatorias y morales para explicar con distanciamiento las raíces de un experimento político por definición inquietante, que marcó con huella indeleble la historia del mundo en el siglo xx. En la medida en que el autor subraya el poder de atracción de sus ideas igualitarias para muchos millones de alemanes, hace ver cómo ese igualitarismo de raíz popular terminó por sustanciarse en un movimiento a todas luces totalitario en virtud de una combinación *sui generis* de nacionalismo y democracia: «El nazismo atrajo a tantos alemanes debido a su amplia base social, a su populismo y a su retórica antielitista. Su racismo y su antisemitismo probablemente realzaron más que socavaron la imagen popular del movimiento. Por consiguiente, el nazismo está más cerca de nuestras tradiciones políticas de lo que nos gusta creer».

La tesis del libro se explicita claramente desde su arranque: en última instancia, el nazismo habría sido la culminación de una revolución nacional iniciada no con el colapso de la monarquía alemana en 1918 sino con el estallido de la guerra en 1914. Quince años después, la Gran Depresión le brindó un marco ideal para su crecimiento, pero ello no implica que este movimiento pueda ser reducido a mera reacción frente a una época de crisis económica o, yendo más atrás, a una respuesta al Tratado de Versalles, por más que resultara una afrenta incuestionable para la mayoría de los alemanes. El populismo nacional-socialista surgió y se desarrolló mucho antes de la llegada del Partido Nazi al poder, incluso mucho antes de su nacimiento. Inspirado en la idea de la *Volksgemeinschaft* (comunidad del pueblo), ese nacionalismo popular, reflejado en múltiples